

# El Rancho de Leobardo

Raul Gask



# Capítulo 1

Leobardo a sus 50 años ha heredado la tercera parte de un rancho con ganado y las otras dos partes su padre las dio a las dos hermanas menores. Su esposa y sus 4 hijos también tomaron a mal la noticia, las dos hermanas sienten que les han heredado una gran responsabilidad y muchos problemas.

Más que por esa temporada cayó una gran tormenta y llovió por más de nueve días, el rancho tenía un arroyo que el cauce desbordó y este dividió el rancho en dos.

Amalia antes de que su marido heredara ya había hecho muchos planes. Pero en esos planes estaba el rancho completo y no solo una tercera parte, la decepción era grande y los suspiros con furia que lanzaba no se le quitaron hasta pasada la mañana.

En la sala de la casa del rancho justo frente a la ventana tomando café estaba Leobardo y aún estaba con el mal sabor de boca por la decisión de su padre.

Amanda entró hecha una furia arrebatándole el jarro de barro y dándole tres sorbos que no mitigaron su rabia, al contrario lo caliente de la bebida aumentó la ira que ya encendía sus mejillas.

— ¡el estúpido de tu padre no tenía por qué heredar a esas dos santurronas tontas que no saben ni lo que han recibido! —dijo ella—, ahora vas y arreglas ese problema, porque de ningún modo esas solteronas van a quedarse con lo nuestro.

—Ni me digas, ¡maldito viejo! no tenía por qué dejarles a ellas nada, quien siempre trabaja como un maldito burro soy yo. —Y dio un tremendo golpe a la fotografía de sus padres que estaba en la pared.

—No pierdas más tiempo y antes de que se enfrié esto, adviérteles a ese par de cotorras que pueden quedarse en la casa vieja, pero es todo lo que

tendrán, rancho y ganado; ¡jamás! —dijo ella.

Tal como la mujer le exigió, fue y les dijo a sus hermanas lo que había decidido sobre la última voluntad de su padre, ellas no eran ningunas ignorantes y eran más leídas y más inteligentes que él, pero menos ambiciosas y menos crueles que su mujer.

Ellas le dijeron que la voluntad de su padre era esa y que ellas querían acatarla, buscarían un comprador para su parte y que si él quería podía darles en efectivo no lo que valía el rancho sino solo lo necesario para poder vivir sus últimos años, solo eso pidieron.

Él se obstinó y les dijo que el rancho era solo suyo y que no lo compartiría, lo único que si les dejaba era el ganado, pero tenían solo una semana para sacarlo del rancho o iba a matarlos uno por uno. Dio un portazo y se fue en su caballo.

Pasados los siete días de plazo, Leobardo monto en su caballo y se fue al potrero y en su mano llevaba una reata, buscó al toro semental, que en la repartición le había tocado a sus hermanas, lo lazó y le amarró las patas y le cerró el hocico con otra cuerda y comenzó a colgarlo en la rama de un gran árbol.

El pobre toro quería bramar pero su hocico amarrado se lo impedía. Entonces Leobardo comenzó a golpearlo con la reata, los azotes dejaban marcas y después sangraban ya. Así estuvo golpeándolo hasta que el toro dejó de moverse, lo dejó caer de golpe en el suelo, el toro ya había muerto desde hacía unos minutos.

Cuando iba llegando a su casa observó que un hombre se despedía de Amanda y ella algo le decía viéndolo a los ojos de manera muy seria y el asentía con la cabeza, era don José el jefe de la policía estatal, tenía más fama de matón y desalmado que de impartidor de la ley. Apenas se saludaron y el jefe de la policía se subió a su camioneta y se fue.

— ¿y ese hombre que quería? —pregunto Leobardo—. Nunca me ha caído bien esa rata podrida.

—nada importante, lo mandé llamar porque quiero que averigüe sobre unas vaquillas que se le perdieron a mi hermana y ella dice que las tiene un vecino, entonces el ira a ver si es así y a pedir las. —Amalia dejó de sonreír y se puso seria.

— ojala las encuentre, pero es muy exagerado llamarlo para eso, te va a salir más cara esa rata que las vaquillas que dices. —Colgó la reata que aun tenia sangre y se quitó las botas.

—Me dijo el licenciado que él va a arreglar los papeles del rancho y para evitar problemas, el mismo irá a la capital a legalizarlos y me pidió que de inmediato lo debo poner a nombre de alguien más, ya seas tú o mi hijo.

—a mi nombre sería lo mejor, tu hijo con eso que anda de enamorado ya, no sabemos cómo vaya a salir la nuera —dijo Amalia—, además soy tu mujer y no en balde me he fregado trabajando y ayudando en este lugar desde antes que tus hijos nacieran.

—No te preocupes, a nombre de quien quede el rancho es lo de menos. Lo importante es arreglar los papeles cuanto antes, no vaya a ser que mis hermanas metan licenciado y nos pasen a perjudicar —dijo Leobardo—. Tu solo disfruta y no pienses en eso.

Pasaron más de tres meses y el licenciado les comunicó que los papeles estaban listos y a nombre de Leobardo, y a su vez este ya como propietario único, tenía que decidir a quién nombrar como su heredero. Esto para evitar cualquier resquicio legal que sus hermanas pudieran usar para pelear su parte.

—Amalia, lo estuve pensando y tú eres mujer y las mujeres a veces juegan chueco, no vaya a ser el diablo que con ese genio que tienes un día me dejes y me quede yo sin mujer y sin rancho, lo mejor es que este a nombre de nuestro hijo —comentó el—, además será solo en papeles no

en la práctica.

Ella no contestó, solo se le quedó mirando y apretó los puños, él no vio este gesto en ella y se limitó a encogerse de hombros. El resto de la tarde ya no cruzaron palabra se dedicaron a sus labores cada uno por su lado.

Muy de mañana Amalia llamó a una de las mujeres que tenía a su servicio en la casa y le dijo; —vas al pueblo a buscar a don José y le dices que en cuanto pueda, acuda a visitarme ya que el asunto de las vaquillas de mi hermana debe adelantarse porque urge.

Leobardo por lo regular los sábados acudía al pueblo solo. Iba a la cantina y se emborrachaba con sus escasos amigos. Después iba al mercado y compraba comestibles y cosas que hicieran falta en el rancho. Ya que oscurecía regresaba a lomo de su caballo.

Mientras esa tarde estaba conviviendo con sus amigos, las dudas lo asaltaban, su mujer ya no le permitía intimidad y no dejaba que la tocara, ya tenía varios meses así y estaba seguro que no era por el asunto del rancho. Aparte ella tenía un carácter difícil y eso los hacía chocar mucho.

A medio camino cuando ya oscurecía, tres hombres le taparon el paso. De manera rápida lo bajaron de su caballo. Le amarraron las manos y lo amordazaron. Sintió un golpe seco en la cabeza y ya no supo más.

Más tarde cuando despertó, de inmediato recibió una bofetada, varias patadas en el estómago lo dejaron casi inconsciente, solo escuchaba el ruido del correr del agua de lo que intuyó era el río. Sintió que le amarraban piedras en su cobija de lana y se la enredaban al tórax.

No tenía ni idea de que pasaba, solo le dolía la cabeza y todo el cuerpo, pero de pronto sintió un ardor en las costillas y una punzada en la espalda, y de golpe percibió que lo cargaban para de inmediato ser lanzado al agua.

Estaba hundiéndose en el agua, de manera vaga sentía que no podía respirar, su mente se nublaba. No podía gritar ni patear. Las manos atadas y seguía hundiéndose. Por su mente pasaba la imagen de su padre en su lecho de muerte y las caritas de sus hermanas asustadas. La cara de su hijo Eladio de adulto pero inocente. El rancho con su ganado y pastizales se ponía borroso y seguía hundiéndose.

No comprendía que estaba pasando. Y la sensación de ardor en la garganta y la angustia de no poder respirar y seguir hundiéndose, terminó por desesperarlo, crispó las manos y su mirada quedó fija y como última lucidez, imaginó o creyó ver a Amanda con los brazos abiertos esperando en la puerta de la casa del rancho.

Leobardo no volvió a su casa ni esa noche ni las siguientes, todos lo esperaban y Amanda decidió creer que él los había abandonado y tal vez se había fugado con otra mujer. Al menos eso ella decía y se ponía seria sin decir más.

Algunos días después, estaban las dos hermanas de Leobardo sentadas tomando el fresco cuando Eladio llegó a visitarlas

— buenas tardes tías, ¿Cómo están? Me manda mi mamá a recoger la herramienta y cosas de mi papá — dijo saludándolas de mano—. Mi mamá les manda saludos y quiere que las visiten en el rancho.

— Oye hijo, no podemos entregarte las cosas de mi hermano —dijo una de las tías—, ya que cuando regrese va a preguntar por ellas y ya sabes cómo es de carácter y capaz que nos arma un escándalo.

—No tías, por eso no se preocupen. Mi papá no va a regresar ya, se fue a un viaje, lejos, lejos y no creo que regrese.